

EL IDEAL POLÍTICO.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION.

Plaza de Fontes, núm. 4, cuarto segundo de la derecha.

JUSTICIA, RELIGION, LIBERTAD.

PRECIOS Y PUNTO DE SUSCRICION.

Murcia, 6 rs. trimestre: fuera, 8 id. id. En la Administracion de este periódico.

Año IV. — Se publica en Murcia los dias 3, 10, 13, 20, 23 y 30 de cada mes. Núm. 317.

EL IDEAL POLÍTICO.

Murcia 30 de Marzo 1874.

EL DIOS DEL INFINITO AMOR.

Sentados los pueblos que vivían mas allá del Calvario en la región de la sombra de la muerte, era necesario que el esplendor de la Divinidad les diese vida, les hiciera sentir sus divinos rayos de luz, cumpliéndose así en el orden de los tiempos, la profecía de Isaías, de que los pueblos serían iluminados con el destello de la encarnación divina.

La ofensa inferida a la magestad del Dios de la eternidad había sido infinita, y debía ser por lo tanto infinita también la ofrenda para que había de ofrecerse en el ara santa. Debía ser Dios para satisfacer, porque de otro modo no podía aplacarse la indignación divina, por la ingratitude y dureza de corazón del primer hombre; debía ser Hombre para sufrir y padecer, puesto que la hostia, como holocausto divino debía sacrificarse toda y en todas sus partes, siendo esta víctima sacratísima oferente a la vez, puesto que su infinito amor le impulsó a ofrecerse por la salvación de los pecados, por la redención de la humanidad.

Dios solo, dice un escritor contemporáneo no podía sufrir ni padecer, porque era Dios; un hombre no podía satisfacer infinitamente, porque era hombre; luego el Hijo del Eterno, el Verbo increado, Dios mismo por su esencia como el Padre y el Espíritu Santo, Jesucristo, nuestro Divino Redentor es la Hostia viviente anunciada por tantos siglos, el Pontífice Santo que ofrece por todos el sacrificio de la eternidad, el Sacerdote de los bienes futuros que, bajo el velo de su carne cubierta de llagas y de ignominia entra en el santuario eterno y abre sus puertas eternas, ofreciendo al hombre su inefable y divina posesión.

Si cuarenta siglos de ansiedad, de espectación, de profecía esperaban al Mesías de la gracia, deben dos mil que subsiguieron reconocer a Jesucristo como Salvador, por que su nombre, como asegura tan sabiamente un apologista de la divinidad de nuestro Redentor, por que su nombre no está completo sino a condicion que abraza todas las edades, que una en sí el punto cardinal de los tiempos, siendo siempre el Alfa y el Omega de la creación.

Jesucristo había llenado debidamente las profecías; habiase cumplido la predicción de Isaías concibiendo un seno Virginal al Dios de la gloria, hipostáticamente unido a la humanidad; habiase terminado el período setenta veces semanal de Daniel; había merecido el venturoso lugar de Belén, que predigiera Micheas, la gloria de recibir en su seno la magestad de un Dios que naciendo humilde se anuncia su gloria en las alturas; y como los pueblos reciben la ley de gracia, la ley santa del amor, viendo a Jesucristo, que es la luz y la verdad, con el destello de la divinidad siendo la realidad de todas las figuras del Antiguo Testamento, se postran para adorarle, para aclamarle como a Dios entonando himnos de lóor en su alabanza, y cantando en Jerusalén el Hosanna de la gloria al que viene en nombre de Dios.

Cumplíase así la profecía de Zacarías de que el Hijo del hombre entraría triunfante en Jerusalén; pero la dureza de corazón de aquel pueblo había de cometer para su mayor ignominia un horrible deicidio, haciendo pesar sobre su frente el ariatema de ciudad deicida. Los hijos de la Judea esperaban a un Dios infinitamente poderoso, cuyo reino en su poderío no tuviese límites; un Dios que les hiciese felices en el tiempo, sin comprender por su falta de fé, por su soberbia, que la divina misión del Hombre Dios era redimirles de su eterna esclavitud, era restituirles a la gracia, perdida por la prevaricación de la primera pareja humana, nuestros primeros padres, haciéndolos felices en la eternidad.

Jesucristo en su infinito amor es el sacerdote eterno de Melquisedech que ofrece el sacrificio cruento de los siglos, reconciliando los cielos con la tierra; el Isaac del monte Moria; el Profeta Divino suscitado por Dios; el pacífico Salomón que llama al redil santo a los escogidos de Dios, para que aprendan a ser humildes, a tener amor.

El Divino Mártir del Calvario que es condenado a muerte afrentosa por la perversidad de un pueblo deicida llama desde el sacrosanto árbol de la Cruz a las sociedades y a los pueblos; y lo que era vil enseñanza y escarnio es aclamado como divino labaró que ostentan las generaciones como triunfo de gloria y de eternidad.

Nosotros, y con nosotros la razón y la fé, reconocemos en Jesucristo al verdadero Mediador entre Dios y el hombre, al verdadero Testador que escribe con su sangre y confirma con su muerte el Testamento de los siglos, donde la herencia e investidura del reino eterno se ase-

gura a los favorecidos; donde la gloria de los escogidos se garantiza para gozar en la eternidad los inefables encantos de la gracia.

La divinidad de su doctrina se abre paso en el mundo de las inteligencias, aunque la impiedad y el error pretenden en su ceguera oponerse. Su moral es tan santa como la economía de esta divina religion que todo es amor y caridad.

Los pueblos que viven, como dice un moderno publicista mas acá del Calvario, conservan en el santuario de su fé el depósito sagrado de aquella religion que siempre fructificará en el corazón del hombre, porque está regado con la sangre de nuestro Divino Redentor; porque permanecerá perenne el testimonio Divino de aquel lugar santo en que Jesucristo hizo de la humanidad una familia, fraternizando en lazo de amor a las sociedades y a los pueblos.

Santa y divina religion, que sin más poder que el halito divino de un Dios Hombre que agonizó en el Calvario, hace temblar las columnas del imperio del mundo; que sin más que la inspiración celestial de un Dios crucificado destruye al paganhismo; y la roca Tarpeya se convierte en humanitario lugar, haciendo que Roma, que la Roma pagana se postre ante el Evangelio que le anuncian los discípulos del Salvador; de Aquel que en Jerusalem recibe la muerte por los mismos que representaban a sus Césares.

Rechacén hoy, en nombre de una crítica anticristiana la divinidad de nuestra religion como la divinidad de Jesucristo. Quiérase ó no existe el hecho de la conversión de las almas por Jesucristo, y no como un recuerdo, como una encarnación divina que apareció en el seno de la humanidad y voló, como asegura un renombrado escritor, para siempre al cielo; existe en sustancia y en realidad, con toda la aureola divina de su magestad y de su gloria, sacramentado entre los hombres, habitando para nuestro consuelo en el Santa-Santorium de la gracia.

Esfuérzese cuanto quiera la falsa filosofía y la ensobrecida razón: del pecho sinceramente cristiano del que vive de la fé católica que nos alienta cada dia en nuestra creencia, no podrá arrancarse la fé en Jesucristo como Dios, como coeterno con el Padre, como Dios mismo, con el Espíritu Santo.

Por eso se postran los pueblos para adorarle, por eso la Iglesia católica prepara con penitencia y oración al creyente en este tiempo santo, para tributar su homenaje al Dios Santo del amor, a nuestro Divino Redentor.

Si la perversidad del corazón judío no se conmueve al ver agonizante entre los tormentos al Dios crucificado por nuestro bien; si pretende con sus blasfemias que se libre a sí mismo de aquel suplicio eterno, si era el verdadero Dios; si hoy tiene imitadores aquel pueblo deicida crucificando con la misma crueldad a este divino Cordero immaculado, puesto que con impio labio se atreven a negar su divinidad, manifestemos nuestra fé esponiendo el testimonio que rinde la naturaleza estremecida, al ver que sufre, que padece el Redentor de los hombres.

Agonizante aquel Sol Divino de Justicia en el Calvario; convulso su amoroso pecho, y cárdenos y lividos sus divinos labios que ensañaron la ley de gracia, tiene perdón, tiene amor para los mismos que con saña cruel le crucifican, por que no saben lo que se hacen; porque si Dios, para satisfacer la voluntad de aquel pueblo deicida se hubiera librado a sí mismo, habría dejado de ser Dios, sin satisfacer la ofensa infinita, sin aplacar la justicia divina, y era absolutante necesario consumir la redención del pecador, para estrecharlo, para unirlo dulcemente otra vez con Dios; cuyo divino amor en el Gólgota testifican los cielos entristeciéndose; el sol oscureciéndose azorado, todo sintiendo y padeciendo, por que sufre, por que padece, por que agoniza el Hombre Dios.

Oh! La divinidad de Jesucristo es un hecho probado hasta lo infinito. Nacería de una Virgen; haría milagros, moriría por fin, pero resucitaría para su mayor gloria. Semejante programa, dice un escritor francés que refuta con admirable autoridad a Renan, semejante programa es absolutamente irrealizable por el genio; el genio no puede determinar nada definitivamente; recibe la vida pero no sabe elegir anticipadamente la madre que le ha de dar a luz; el genio hace maravillas y grandezas, pero no hace milagros; muere pero no resucita.

Nadie sino Dios pudo vestir la túnica inconsutil del Crucificado del Calvario!

Sócrates filosofando entre sus discípulos recibe la muerte, pero si aparece soberbiamente tranquilo, no siente amor por el que le ofrece la copa emponzoñada; Jesucristo espirando entre los tormentos, bendice a su Eterno Padre porque vé consumada la obra de la redención y siente infinito amor por los que fieramente le crucifican. Luego si la muerte de Sócrates es propia de un filósofo, la vida y muerte de Jesucristo son exclusivamente propias de un Dios.